

para la organización de cooperativas; con ello, podría incrementarse la productividad y dejar mano de obra libre que podría emplearse en la industria.

La independencia africana y la participación activa de éste continente en las relaciones internacionales han ocultado aspectos de gran importancia. En medio de tanta literatura sobre problemas políticos en África, este libro analiza facetas, poco tratadas, de un fenómeno que tiene mucha incidencia sobre la situación política.

FRANCISCO CORREA V.,
de *El Colegio de México*

Brian CROZIER, *The Morning After: A Study of Independence*, Londres, Methuen, 1963, 299 pp.

El autor del libro empieza con un examen de lo que llama el "mito" de la independencia, pues considera que un país es independiente cuando gobierna sobre su ejército y su administración, paga a sus funcionarios, y lleva a cabo su propia política exterior (p. 16). Reconoce, de todos modos, que en este sentido absoluto, muy pocas naciones pueden decirse verdaderamente independientes. Teniendo presente la particular naturaleza de la independencia de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, nos dice que la "independencia ha perdido su significado", además de no ser buena para el progreso económico (pp. 21-24), por lo que se inclina por la "interdependencia" al modo francés. En conjunto, el libro es un intento por enseñar a las nuevas naciones de Asia buenos modales en política y en economía, vistas desde el ángulo del autor. Es una nueva variedad de "la carga del blanco".

Brian Crozier establece una clara división entre moderados y militantes al hablar de los nuevos líderes asiáticos y africanos. La militancia de los últimos puede ser trazada frecuentemente partiendo de humillaciones personales o nacionales. El príncipe Sihanouk es colocado entre los moderados debido a su "genio político" y a su capacidad de maniobra; hay una gran verdad en las siguientes observaciones sobre dicho personaje: "La desgracia de Sihanouk es estar al frente de un Estado muy pequeño, pues con un número indeterminado de pobladores, pero que está por encima de los cuatro millones, Cambodia tiene tantos habitantes como compradores el *Daily Mirror*" (p. 51). De los militantes esboza colo-

reados retratos, donde sobresalen y Gamal Abdel Nasser. El autor se refiere también a una tercera categoría de líderes de origen militar. De ellos escribe: "Que traen un periodo de estabilidad es cierto, pero que este periodo es siempre corto o que debe de conducir al "arranque" me parece que no está probado." (p. 76). El cuadro político que hace de Birmania y de Indonesia es más bien sombrío y se pregunta si realmente tenían razón los nacionalistas cuando alegaban que sólo el dominio colonial tenía a sus países en el atraso y que la independencia los colocaría en la ruta del progreso." (p. 79)

En su capítulo sobre "La demanda de independencia", carece de elegancia cuando afirma que los países africanos y asiáticos manifestaron su voluntad de independencia a través de declaraciones de no compromiso y de su participación en las conferencias internacionales. Me parece que debe insistirse en que si estas actividades ayudan a aumentar el respeto de estas naciones por sí mismos y, en algunos casos, ayudan también a su estabilidad, no deben ser criticadas. Crozier señala la desconfianza de naciones como Egipto, Tunisia e Indonesia hacia las antiguas potencias colonizadoras: me parece igualmente y fui testigo del empeoramiento de las relaciones indoneso-holandesas en 1957, cuando residí en Indonesia, que lo trágico de estas relaciones es tribo en que, con un poco de cordura por parte de los holandeses, todo el problema del Irian occidental se podría haber resuelto de manera amistosa, quizás la política de "confrontación no habría aparecido nunca y las fuerzas políticas democráticas pro occidentales estarían en el poder en aquel país".

El autor advierte cómo la expansión comunista se lleva siempre a cabo desde un centro principal, aunque deba hacer una excepción de Cuba. Explica el éxito de los comunistas en Vietnam por haber tardado los franceses demasiado en conceder la independencia y porque el movimiento comunista, que se inició como un movimiento patriótico, tuvo posteriormente el apoyo de los comunistas chinos, cuando éstos triunfaron en su propio país; tuvo al menos la ventaja de ser una advertencia saludable para el diagnóstico de los errores. En su opinión, aquellos que colocaron prematuramente a Castro la etiqueta de comunista, "le hicieron el juego a los comunistas de Cuba" (p. 191).

En lo que se refiere a la política de los bloques, hace dos categorías: los "Estados clientes" y los "satélites", los primeros unidos a las democracias y los segundos a los co-

munitas. Describe las relaciones de los Estados Unidos con Laos, Vietnam del Sur y Corea del Sur para mostrar que Fumi Nasovan, Diem y Rhee no fueron títeres de los americanos. Supone que los regímenes de Vietnam del Norte y Corea del Norte tienen mayor latitud de maniobra con el surgimiento del conflicto sino soviético. Pero, por su deseo de encontrar una analogía, el Sr. Crozier no ha logrado proporcionar una evidencia valedera. En el estado actual, el Vietnam del Norte y Corea del Norte están estrechamente controlados por la China comunista.

En el capítulo "Hacia la viabilidad" se describen los fracasos de la ayuda militar y advierte que la ayuda nunca debe ser considerada un sustituto del propio crecimiento. Son buenas las descripciones que se hacen de las experiencias indias y chinas sobre el progreso económico. Para él es mejor el paso de la tortuga india que los saltos de la liebre china, cuya caída al intentar el gran salto adelante ha sido ya descrita con todo detalle.

Quizás se demuestra en este libro un excesivo entusiasmo por la libre empresa. Los ejemplos que proporciona, en relación con el Líbano, Hong-Kong, Formosa y el Japón no son típicos de la escena económica asiática. También se olvida mencionar la considerable ayuda económica dada por los Estados Unidos al Japón y a Formosa. Aparece gradualmente en la parte final de esta obra una mayor preocupación por la economía libre que por las democracias en los países nuevos (p. 280).

En el último capítulo "Hacia la independencia", las sugerencias del autor son útiles. No se puede sino estar de acuerdo al leer que si bien los europeos deben acostumbrarse a no esperar ningún tipo de privilegios los africanos por su parte deben liberarse de los complejos producidos por un pasado humillante y deben mirar más allá del anticolonialismo, para llegar a la cooperación, y más allá de la independencia, hacia la interdependencia" (p. 286). Tiene algunas calificaciones justas para la descolonización francesa en África. Desea que Inglaterra siga el camino de los Estados Unidos creando un "Servicio ultramarino" análogo al Cuerpo de Voluntarios para la Paz. Está impresionado por la manera en que los americanos ayudan en el campo económico a las naciones en vías de desarrollo y desea que otros países sigan este camino. Hace una sugerencia concreta cuando se refiere a la estabilización de los precios de las materias primas y de los productos alimenticios tropicales. Celebremos que haya

señalado que "la caída de los precios, en un año malo, puede acabar con el valor de *toda* la ayuda extranjera a los países subdesarrollados" (p. 288).

Unos cuantos errores fácticos en el libro podían haber sido fácilmente evitados. Morarji Desai nunca fue gobernador de Bombay, como se indica en la página 238, y el concepto de democracia dirigida de Sukarno fue lanzado el 21 de febrero de 1957 durante una ceremonia especial en el Palacio presidencial y no el 22 de abril de 1959, como dice (p. 282).

En conjunto, es un libro bien escrito y en el que se encuentran análisis agudos y sugerencias de valor, aunque el autor podría mostrar un mayor respeto al valor concedido por los pueblos antes colonizados a la independencia, que a veces es apreciado independientemente de la viabilidad económica y de la prosperidad.

Ronald McKIE, *Malaysia in Focus*, Londres y Sydney, Angus y Robertson, 1963, 236 pp.

Esta narración, hecha por un periodista australiano, combina la descripción de los territorios malayos con un esbozo de los múltiples problemas de esta nación.

Singapur es descrito con gran detalle. El lector encuentra un vívido retrato de los habitantes, chinos, indios y malayos, y de la manera en que viven. Se describen las sociedades secretas chinas, los templos indios y la poesía malaya, acompañados de agudas observaciones.

Que se diga que "los malayos son encantadores, felices, vagos, malos y unos niños bien inútiles" es para el autor motivo del siguiente comentario: "no es totalmente un mito; pero no se puede honradamente ocupar la mayor parte de su suelo, comprar sus productos a un precio impuesto, venderle lo que necesita en tiendas que no le pertenecen, dominar el mercado del trabajo para nuestro interés desarrollar los recursos del país, exprimirle económicamente y dominarle políticamente y después decir que es un vago y un haragán que no sirve para nada." (p. 68). Al hablar así McKie desbroza un nuevo terreno para la comprensión de los pueblos del Sudeste asiático.

Los habitantes de Sarawak, Sabah (Borneo del Norte) y Brunei son muy diferentes. Uno de ellos es presentado así: "El musulmán bajau de la costa oriental de Sabah adoptó el islam de los malayos de Brunei —es hoy día un pesca-